

1807-1814: Guerra, revolución y mitos

Leonardo Bermejo Sáez

Ingeniero Superior de Telecomunicación, Universidad Politécnica de Madrid (1971)

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 74
Fecha	Madrid, marzo de 2020
Páginas originales	55-69
Tipo documental	Ensayo histórico
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-74-2020-055-069

RESUMEN DOCUMENTAL

Revisión del periodo 1807-1814 que cuestiona simplificaciones y mitificaciones sobre el levantamiento de 1808 y la Guerra de la Independencia. El autor sitúa los acontecimientos en su contexto dinástico, militar y político, analiza el proceso revolucionario desarrollado durante la guerra y presta especial atención a las Cortes de Cádiz. El recorrido culmina en la Constitución de 1812, presentada como ruptura con principios esenciales del Antiguo Régimen al afirmar la soberanía nacional y la división de poderes.

PALABRAS CLAVE

Guerra de la Independencia · 1808 · Cortes de Cádiz · Constitución de 1812 · liberalismo · Antiguo Régimen · historia de España

CITA BIBLIOGRÁFICA

Leonardo Bermejo Sáez. "1807-1814: Guerra, revolución y mitos". Torre de los Lujanes, n.º 74, 2020, pp. 55-69. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.

Ficha documental añadida al artículo original. El contenido del trabajo no ha sido modificado.

1807-1814: Guerra, revolución y mitos

Por
Leonardo
Bermejo Sáez
*Ingeniero Superior de
Telecomunicación
(Universidad
Politécnica de
Madrid - 1971)*

El siglo XIX es para los españoles el gran desconocido; es posible que su propia complejidad no permita exponerlo en detalle y así acaba convirtiéndose en una parte de nuestra historia tan fundamental como mal conocida; además, al intentar resumirla para facilitar su enseñanza se corre el riesgo de perder hechos y comportamientos que son imprescindibles para conocer el conjunto. Y uno de los casos más relevantes de confusión y mitificación de sucesos históricos es el “levantamiento popular” del 2 de mayo de 1808 y la Guerra de la Independencia consecuente, que se prolongó hasta junio de 1814.

Una guerra confusa contra Napoleón Bonaparte y un reinado nefasto de Fernando VII que frenaron, en el primer tercio

del s. XIX (1808-1833), la modernización de España, sacándola de los raíles del tren de la historia europea.

La primera sorpresa surge al descubrir que el 2 de mayo de 1808 comenzó una guerra cuyo nombre no fue “Guerra de la Independencia” hasta la segunda mitad del siglo XIX; solo este detalle permite cuanto menos el calificarla de confusa. Liberales y conservadores de la época la llamaban “Revolución” o “Guerra de la Revolución”. Entre 1833 y 1836 Canga Arguelles, diputado de Cádiz, habla de “Guerra de España”.

En la segunda mitad del XIX y hasta el XXI la llamamos “Guerra de la Independencia”. Este último nombre significa darle un contenido “nacionalista”, convirtiéndola en un simple enfrentamiento entre “españoles y franceses”, cuando realmente el tablero bélico y político era más complejo: españoles, franceses, portugueses, ingleses, polacos, italianos, suizos, alemanes y hasta tropas árabes y rusas.

Lógicamente la historiografía francesa la denomina “Guerra napoleónica de España” y la historiografía británica la califica como “Guerra Peninsular” porque para los británicos el campo de operaciones fue España y Portugal y su objetivo situar a Inglaterra como salvadora respecto al imperialismo francés; nada más lejos de la realidad, porque lo que se jugaban Francia e Inglaterra era el dominio terrestre y marítimo del sur de Europa y no olvidemos que, en último extremo, al comenzar el año 1808 Francia era aliada de España.

Por otro lado, hoy sabemos que en el trasfondo de aquella guerra y en los intereses políticos y económicos de unos y otros se escondía el inevitable enfrentamiento entre el «Antiguo Régimen» (todo el poder está en el trono y el altar) y el «Nuevo Régimen» (la representación del estado-nación surge del pueblo y para el pueblo). En aquellos momentos, Fernando VII, la jerarquía católica y buena parte de la nobleza representaban el Antiguo Régimen. Los intelectuales,

políticos liberales, periodistas, comerciantes, pequeños industriales, bajo clero, etc., representaban, en principio, el Nuevo Régimen.

¿Y el pueblo llano?, en su mayor parte compuesto de campesinos, criados, artesanos y otros menestrales, como siempre divididos, sin apenas instrucción y por tanto fácilmente manipulables.

Los mitos de un cambio histórico

El mito de la España indomable que lucha contra el invasor francés necesita justificar la razón por la que no pocos españoles ven en las tropas francesas un camino de liberación y modernización. Son los “afrancesados” y volviendo a la manipulación histórica, los traidores del guion; sin embargo, sus convicciones serán el futuro.

El mito construido por los liberales se apoyó en una revolución que se iniciaría en 1812 y se convertiría en un desengaño entre 1814 y 1823, pero que sirvió para demostrar que a pesar de todo 1808 fue útil y permitió hacer el único cambio (revolución) posible. Un posibilismo que se repite demasiadas veces en nuestra historia y que va dejando pendientes asuntos político-sociales y económicos, que conducen a España a mantener cierto retraso respecto a los países más avanzados de nuestro entorno.

El mito construido por los absolutistas se basaba en la exaltación del levantamiento de 1808 y en la épica de la guerra para, una vez más, contar a los futuros españoles que habían salvado a España de la revolución y mantenido al rey en su trono.

Manuel Godoy: ¿traidor o gran estadista?

Godoy, favorito de los reyes Carlos IV y María Luisa de Parma, es uno de los protagonistas más controvertidos de la historia de España y uno de los peor tratados por todos, conservadores y liberales, derechas e izquierdas. Sin embargo, es posible que nos encontremos ante un caso de injusticia histórica con la que los españoles acostumbramos a justificar nuestros propios errores, mediante el procedimiento de concentrar sobre circunstancias y personas aquellas equivocaciones y desaguizados que sería más justo distribuir sobre grupos ideológicos o religiosos concretos e incluso también sobre ciudadanos cuya falta de instrucción -de la que en último extremo no son culpables- los ha hecho y los hace fácilmente manipulables.

En el caso de Manuel Godoy se da además la circunstancia de que en su larga vida (84 años) tuvo tiempo para publicar sus Memorias (1836), lo cual le permitió justificar sus acciones de gobierno e incluso llegar a ser recordado con cierta nostalgia, teniendo en cuenta, sobre todo, que lo sucedido en España desde su exilio fue un desastre, con la excepción del precario periodo de existencia e intento de implantación de la Constitución de 1812.

Los conservadores odiaban a Godoy porque le veían como el destructor del Antiguo Régimen y el enemigo de un futuro rey que les convenía: Fernando VII. Le acusaron de inventar la Conjura del Escorial que enfrentó a Fernando con su padre Carlos IV y el clero no podía perdonarle, según ellos, su vida privada y sus reformas que les afectaban de forma significativa. Además, los liberales tuvieron un comportamiento similar con Godoy; pero le odiaron después de 1812, considerándole como símbolo de la corrupción económica y política y de la ambición sin límites. Según el historiador Ricardo García Cárcel, tras todo ello se ocultaba, desde el campo ilustrado, el

reproche de que no cumplió las expectativas depositadas en él como protector y la siguiente generación de liberales le denostó porque lo más fácil era echarle la culpa de todo y justificar así su propio fracaso.

Volviendo a nuestro objetivo, desde 1807 y a lo largo de 1808 se desarrolla la campaña de descrédito de Godoy y comienza el mito del “Godoy traidor” que coincide con el ascenso del príncipe Fernando entre las clases dirigentes. Y como no podía faltar, al descrédito se une la calumnia y surgen los rumores de los presuntos amores entre la reina María Luisa y Manuel Godoy. Actualmente, la historiografía no apoya la tesis de esas relaciones, pero en aquellos momentos el morbo estaba servido. A todo ello se añade, interesadamente, la imagen del Godoy corrupto y ambicioso y por fin se consigue el objetivo fernandino: «**el Motín de Aranjuez**», que se desarrolla del 17 al 20 de marzo de 1808.

La consecuencia del motín es que el rey cesa a Godoy y abdica en su hijo, que asume la corona como Fernando VII. La parte más conservadora de la sociedad española había triunfado: Godoy encarcelado en Villaviciosa de Odón, Fernando proclamado rey, Carlos IV y María Luisa obligados a quedarse en España y a vivir en El Escorial y para finalizar el desastre, se ha conseguido debilitar a la monarquía española y a Napoleón se le abren nuevas expectativas para dominar Europa bajo la dirección de Francia.

Preámbulo (1807), levantamiento (1808) y represión

El 18 de octubre de 1807, nueve días antes de firmar con la monarquía española el tratado que permitía el paso de las tropas napoleónicas por España, Napoleón ya había enviado una fuerza expedicionaria con objeto de conquistar Portugal. Los 25.000

hombres del ejército francés, al mando del general Jean-Andoche Junot, eran las primeras tropas de los «conquistadores de Europa» que veían los castellanos en su camino hacia Portugal y no eran mal recibidas. Como describe el historiador Ronald Fraser: “*Poco importaba que los soldados de infantería fuesen alemanes, italianos y suizos, o simples reclutas franceses. Para los espectadores aquélla era la Grande Armée*”.

Pero Bonaparte amplió sus intereses y envió a España otros 25.000 hombres que ocuparon Castilla la Vieja. A continuación entraron dos cuerpos de ejército de 60.000 hombres que ocuparon el País Vasco y Navarra y 14.000 soldados franceses entraron en Barcelona. En marzo de 1808 Napoleón tenía sobre territorio español más de 100.000 hombres, al mando de su cuñado Joaquín Murat, como su lugarteniente en España, que llegaba a Madrid el 23 de marzo de 1808. Es probable que la estrategia de Napoleón sobre el destino de España y su monarquía no estuviera totalmente definida, pero estaba invadiendo un país aliado y el tamaño de su fuerza militar en España y Portugal le iba a permitir ejercer una gran influencia en cualquier opción que decidiera llevar a cabo.

Al mismo tiempo Napoleón persuadía a la mayor parte de la familia real española de que se trasladara a Bayona incluido Godoy, Fernando y el infante Francisco de Paula. El 4 de mayo llegaba a Bayona un comisionado de la Junta de Gobierno de Madrid, que se reúne con el rey Fernando el día 5 y se decide expedir un decreto en el que Fernando autorizaba a la Junta a ejercer la plena soberanía autorizándoles a convocar las Cortes. Ese mismo día se firma un tratado por el que Carlos IV cede la corona de España a Napoleón y se reciben las noticias del 2 de mayo en Madrid. El emperador y los reyes padres acusan a Fernando de ser responsable del levantamiento y le amenazan para que abdique, cosa que hace el 6 de mayo.

Pero volvamos a Madrid: el 1 de mayo de 1808 era un día luminoso de domingo y miles de madrileños mostraban su rechazo hacia la presencia de Joaquín Murat y sus soldados, que aparecían en el Paseo del Prado para realizar un desfile de sus tropas. Todo parecía en calma, pero poco a poco comenzaron los abucheos de los madrileños que se acercaban al Paseo. Además, la altanería de Murat presidiendo el desfile militar era una demostración de fuerza que no ayudaba a calmar los ánimos; y había obligado a asistir al desfile a la Junta de Gobierno dejada por Fernando VII y presidida por su tío Antonio Pascual. Más adelante, la Junta se negó a que saliera de Madrid el infante Francisco de Paula y se dirigiera a Bayona; al recibir esa respuesta, Murat se presentó en Palacio y amenazó con tomar el gobierno en nombre de Carlos IV y deponerlos si no obedecían a los deseos de Napoleón. En ese momento la posición familiar y política de los Borbones españoles era un desastre y estaba llevando a España a una humillante situación; pero los madrileños, más o menos manipulados por agentes fernandinos y por la jerarquía eclesiástica, tenían claro, y no estaban del todo equivocados, que aquello era una invasión francesa en toda regla, que conducía a un cambio de dinastía española a dinastía francesa.

Pero, realmente ¿era tan generalizado el rechazo hacia la ocupación francesa? Teniendo en cuenta los sucesos de meses atrás y el gran número de españoles que veían en la revolución francesa y en la nueva Europa, dirigida por Napoleón, la posibilidad de cambiar las estructuras arcaicas de España, es posible que la respuesta debiera de ser negativa, y efectivamente, los ilustrados españoles estuvieron a favor de la presencia francesa y de la alianza con el emperador. Sin embargo, la actitud de Murat y las maniobras de Napoleón con los reyes consiguieron unir a los españoles; lo cual no invalida la opinión de aquellos ilustrados, que antes y durante la guerra que

vino a continuación siguieron creyendo que las transformaciones que precisaba España estaban en el campo francés y habría que continuar luchando por ellas. La Constitución que nace en las Cortes de Cádiz de 1812 estará impregnada de conceptos e ideas para realizar esas transformaciones.

Ahora son las siete de la mañana del 2 de mayo, muchos madrileños no han dormido bien y algo sucede en los alrededores del Palacio Real. Dos carruajes se paran frente al Palacio, en uno de ellos entrará la infanta María Luisa, que partirá de Madrid con sus hijos y algunos criados. Ante la sospecha de que en el segundo carruaje abandone el Palacio el infante Francisco de Paula, hermano pequeño de Fernando VII, los ciudadanos que se agolpan frente a Palacio comienzan a gritar: *“Nos han quitado a nuestro rey y pretenden llevarse al infante”*.

Después de algunos pequeños incidentes, sobre las diez de la mañana se acercan a la plaza de Palacio 87 granaderos de la Guardia Imperial. Son tropas de élite reforzadas por dos cañones de 24 libras y se despliegan en un lateral de la plaza apuntando sus armas hacia los ciudadanos. Sin advertencia previa comienzan las descargas de fusilería y los cañonazos contra los madrileños que hay en el lugar. En un instante la explanada de Palacio se siembra de muertos y heridos; no se conoce el número de víctimas, pero van a actuar como banderín de enganche de los madrileños, para enfrentarse a las tropas de Murat. La noticia de la matanza de Palacio corre de boca en boca, “¡A las armas!”, gritan los vecinos corriendo de un lado para otro y clamando venganza. Desde un balcón de Correos, el alférez de fragata Esquivel observa al gentío de la Puerta del Sol apedreando a un dragón que pasa a galope tendido en dirección a la Carrera de San Jerónimo. Ha comenzado la “montería” de soldados franceses.

Por toda la ciudad se forman partidas que van produciendo desmanes y que van a colaborar a que muchos madrileños protejan a los

franceses que se alojan en sus domicilios. La clase media, empleados o funcionarios, y la nobleza perciben que la autoridad real se ha debilitado y el pueblo en revuelta puede ir más lejos de lo deseable; además, el ejército español está paralizado, al fin y al cabo los franceses son el único poder claramente establecido que podría frenar una situación dominada por “revoltosos y chusma” sin ninguna autoridad.

Sin embargo, la caza del francés sigue siendo la consigna de los más exaltados y hay mucha gente en la calle Mayor, Alcalá, Montera y Carretas. Los mercenarios egipcios (mamelucos) reaccionan con gran violencia asaltando casas de la Carrera de San Jerónimo y los amotinados toman posiciones en las Puertas del Sol y de Toledo, la Plaza Mayor y el Parque de Artillería de Monteleón. La guarnición española de Madrid, que solo contaba con 4.000 hombres no actuó; solo actuaron por iniciativa propia algunos artilleros y una compañía de fusileros. Los jefes de esa mínima insurrección militar fueron el capitán Luís Daoiz de 42 años, el capitán de artillería Pedro Velarde de 28 años y el teniente de infantería Jacinto Ruiz que con veintidós artilleros tomaron el Parque de Monteleón y lo defendieron durante horas.

A las dos de la tarde la resistencia había acabado y una hora después empezaban los fusilamientos realizados por los franceses junto a la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad; después se extenderían al Hospital del Buen Suceso, al monte del Príncipe Pío, a la Puerta de Segovia y otros lugares y se prolongarían a lo largo de la madrugada del 2 al 3 de mayo.

El 2 de Mayo de 1808 fue, sin duda, un motín popular dentro del ciclo de tensiones que comenzó con la Conjura de El Escorial que provocó Fernando contra su padre el rey Carlos IV y que mantuvo en tensión a toda la sociedad española durante un año, hasta que se produjo la explosión que muchos esperaban para poner sus intereses por encima de lo que debía habernos interesado a los españoles:

acabar con el Antiguo Régimen instituido en España, apoyándonos en las ideas de la revolución francesa. Pero la nobleza y la iglesia lo impidieron, manipulando a muchos ciudadanos y utilizando la ambición del príncipe Fernando.

No obstante, con independencia de radicalismos antifranceses, el ejército español no podía ignorar la gravedad de los hechos que se extendían por el territorio español y lógicamente comienza a removerse:

- en Madrid se producen desertiones de oficiales y soldados de las Guardias Walonas y Españolas, que abandonan la ciudad como pueden,
- el 25 de mayo se genera la primera declaración de guerra a Napoleón. La realiza la Junta de Gobierno de Asturias; el miembro de la Junta, Álvaro Flórez Estrada, redacta la Proclama de la Junta y también la Carta pidiendo ayuda al rey de Inglaterra,
- el movimiento antifrancés se transmite a Santander con su obispo integrista Rafael Menéndez de Lurca a la cabeza, que en su carta pastoral de 1794 ya había denunciado “el materialismo francés”; frase que se repetirá desde púlpitos y grupos conservadores,
- el capitán general de Galicia es forzado a presidir la Junta de Gobierno y al día siguiente es asesinado por soldados borrachos de su propio regimiento,
- el capitán general de Valladolid intenta parar la revuelta pero es obligado a formar la Junta y a firmar un bando contra los franceses,
- a principios de junio de 1808, voluntarios de somatenes y soldados que han abandonado Barcelona derrotan en El Bruch a las tropas francesas,
- a mediados de junio el oficial artillero Tomás de Morla firma en Cádiz un armisticio con los ingleses y se enfrenta a los franceses, que consigue rendir el 14 de junio,

- a finales de junio las ciudades de Gerona y Valencia rechazan el ataque francés; los Sitios de Zaragoza y Gerona destacarían por su resistencia civil y militar y han pasado, con justicia, a la épica y mitos del pueblo español.

La guerra de liberación y el rey José

Pero sin duda el punto de inflexión, que provoca la insurgencia generalizada, es la batalla campal que se libra en Bailén el 19 de julio de 1808 y que termina con la rendición del ejército francés del general Pierre-Antoine Dupont. Los vencedores son los generales Francisco Javier Castaños y Teodoro Reding.

El prelude de la batalla había comenzado en el mes de mayo cuando el general francés Dupont al frente de 21.000 hombres recibe la orden de enlazar con la escuadra francesa fondeada en Cádiz. Durante la marcha hacia esa ciudad es informado de la revuelta del 2 de mayo y de que la escuadra francesa de Cádiz se ha rendido a los ingleses. Errabundos por Andalucía los hombres de Dupont terminan cansados, sobrecargados de botín y lejos de donde pudieran recibir refuerzos; y en esa situación van a caer en la ratonera de Bailén, frente a un ejército español de 27.000 hombres, que incluye numerosos civiles con escasa o ninguna experiencia militar. Las condiciones de la capitulación francesa el 22 de julio, son desastrosas para Dupont: las fuerzas vencidas quedan como prisioneros y son obligadas a dejar las armas sobre el terreno.

Casualmente, a las 6:30 de la tarde del día 20 de julio, el hermano de Napoleón, José Bonaparte entraba en Madrid, como nuevo Rey de España y la capitulación de Bailén se produjo el 22 de julio ¡dos días después! El 29 de julio se presenta en Palacio el ayudante de

Dupont para informar de la derrota de Bailén. José se alarma y al día siguiente abandona Madrid en dirección Norte, mientras Napoleón ya ha decidido su marcha hacia Madrid. El propio José escribe estas palabras a su hermano: “¿Por qué insistir en seguir gobernando un pueblo que me rechaza por ser hermano de vuestra Majestad?”. Sin duda un primer detalle que nos da idea de la honestidad de un hombre que podría haber sido un gran gobernante, como después demostró.

El 4 de noviembre de 1808, Napoleón penetra en la península y emprende una campaña militar con más de 250.000 hombres. Comienza entonces la segunda fase de la guerra que terminará en enero de 1812 y que se caracterizará por el dominio francés. Napoleón envía un ejército a su derecha que derrota al ejército español en Espinosa de los Monteros y el mismo dirige la marcha hacia Madrid rompiendo la primera resistencia que se le ofrece en Gamonal (Burgos) el 9 de Noviembre de 1808. Pero la derrota de peores consecuencias para las tropas españolas se produce en Tudela de Navarra el 23 de noviembre; el resultado del combate fue la total victoria del ejército francés, al mando del mariscal Jean Lannes y del general Michel Ney. La Batalla de Tudela supuso la derrota de los 40.000 hombres dirigidos por los generales Castaños y Palafox, que sucumbieron al no ponerse de acuerdo sobre quién tenía el mando. La pérdida de casi 6.000 hombres dejó las puertas del Ebro abiertas para que el Ejército de Napoleón avanzara hacia Madrid.

A finales de noviembre Napoleón se encuentra frente a las montañas del Sistema Central, con 40.000 hombres. Frente a los franceses se sitúan, en la montaña, 16 piezas de artillería y 9.000 soldados españoles que esperan realizar ese día el milagro de frenar su avance. Napoleón, con su experiencia de campaña, comprende la dificultad de asaltar las resguardadas posiciones españolas, pero no se arredra;

dirigiéndose a los mandos del 3^{er} Escuadrón de caballería polaca les ordena: “*¡Quítenme eso al galope!*”. En un ataque suicida los polacos lanzan sus caballos, a la carga, montaña arriba y minutos después quedan desbaratadas las posiciones españolas, aunque los jinetes polacos han sido diezmados. El valle donde se asienta Madrid queda abierto para Napoleón y la capital tiene ante sus puertas a un genio militar dispuesto a tomarla por la armas. En la mañana del 2 de diciembre de 1808 son avistadas, las primeras formaciones de jinetes imperiales, que obligan a retirarse a los soldados de la vanguardia madrileña.

Madrid capitula días después y Napoleón se prepara para gobernar con decisión y eficacia, redactando personalmente varios decretos, entre ellos:

- la abolición de la Inquisición,
- la reducción de órdenes religiosas,
- la supresión de barreras arancelarias dentro del territorio nacional y
- la abolición de los derechos feudales.

1809-1811: la guerra se extiende

A partir de 1809, se producen dos hechos de vital importancia:

- intervención de Inglaterra en lo que los británicos denominan como la “Peninsular War”
- aparición de grupos guerrilleros, que surgen como consecuencia del desastre de Tudela, donde España había perdido su capacidad de mantener batallas en campo abierto.

Entre 1808 y 1811 se producen además sitios y asedios de buen número de ciudades y pueblos españoles, aunque sobre todos los sitios destacan dos, por su trascendencia y el heroísmo de sus habitantes: Gerona y Zaragoza. Tanto el ejército como los paisanos de todas las clases sociales dieron a una y otra ciudad gloria imperecedera. Y no es una exageración, porque es reconocido por estudiosos e historiadores de ambos bandos.

1812-1814: Tercera fase de la guerra

En 1812 empieza la definitiva fase de la guerra, cuya dirección pasa al general inglés duque de Wellington y sus tropas anglo-españolas. El 22 de julio de 1812 obtiene sobre el general francés Marmont la gran victoria de los Arapiles (Salamanca).

El 21 de junio de 1813 tiene lugar, en la llanada alavesa, la denominada Batalla de Vitoria, que será decisiva, y que si no aniquiló al ejército francés, le colocó camino de la derrota.

El 31 de agosto de 1813 tiene lugar la denominada Batalla de San Marcial, última batalla campal de la guerra. El Cuarto Ejército español, bajo el mando del general Manuel Alberto Freire, hizo retroceder a las tropas del mariscal Soult. Fue una batalla muy cruenta, con 1.658 bajas en el ejército español. El ejército francés sufrió más aún, mientras que ingleses y portugueses apenas tuvieron bajas. La jornada de San Marcial supuso el final de la ocupación francesa del País Vasco y Navarra y el fin de las fuerzas del mariscal francés Soult, que ordenó la retirada hacia Irún.

Las Cortes de Cádiz

En plena guerra y después de diversos avatares e intentos de frenar su convocatoria, el 24 de septiembre de 1810 se había celebrado el acto inaugural de las Cortes en la isla de León -hoy San Fernando-, en Cádiz. La correlación de fuerzas existentes hizo posible que saliera de allí no solo una reforma de la monarquía, sino una obra de tendencia revolucionaria que diseñaba un nuevo modelo de Estado: “*el liberal-burgués*”. Con ese planteamiento el edificio político del Antiguo Régimen y sus fundamentos jurídicos empezaban a agrietarse, sin derrumbarse del todo, pero quedando así establecido el programa del liberalismo español hasta la Revolución de 1868. En Cádiz no solo se elaboró una Constitución, sino que se desarrolló una obra de gobierno con numerosos decretos legislativos que trataban de poner en marcha la mecánica del nuevo Estado.

Aquella “***Constitución Política de la Monarquía Española***” promulgada en Cádiz el 19 de marzo de 1812 definió un estado donde el poder se repartía entre las Cortes, el Rey, y los Tribunales de Justicia. Esta división de poderes terminaba con la acumulación de los mismos y con la confusión que se operaba en el Antiguo Régimen. Pero sobre todo:

La Constitución de Cádiz de 1812 declaraba a la Nación como el sujeto esencial de la soberanía, con lo que destruía el pilar más importante de la Monarquía Absoluta.